

LA CLINICA VINCULAR: SUBJETIVACION- DESUBJETIVACION

Lic. Ona Sujoy

En la última década el concepto de subjetividad, de innegables raíces filosóficas, se ha instalado como una temática candente en el pensamiento psicoanalítico recorriendo numerosas publicaciones y posiciones diversas.

En los años 80, los primeros trabajos de R. Kaes sobre apuntalamiento y una publicación de J. Puget en la que plantea una dimensión de la organización mental pensada en tres espacios: intra-inter y transubjetivo, inauguran un amplio debate en AAPPG, dando lugar a variados desarrollos teóricos, atravesados en su conjunto por una amplia polisemia.

Por otra parte, acuciados por los cambios en la presentación, tipo de cuadros clínicos y sufrimiento de los pacientes que consultaban, se nos puso en evidencia que nuestras clásicas herramientas teóricas y terapéuticas no permitían caracterizar trastornos, ni dejaban encasillar en etiquetas diagnósticas.

Hacia fines del siglo 19, el maravilloso descubrimiento del inconsciente con la invención del psicoanálisis, abrió una posibilidad que prometía un camino de la cura haciendo consciente lo inc. y resolviendo la transferencia. Mostró su eficacia durante más de medio siglo, para los cuadros clínicos que expresaban la estabilidad y permanencia de una cultura apoyada en los paradigmas de la modernidad, creando la ilusión de que podíamos contar con un aparato psíquico predecible y único en cuanto a su estructura y funciones.

El fracaso frecuente en la predicción de la patología en la vida adulta a partir de las perturbaciones infantiles, pone en jaque los esquemas causales. La noción de fijeza y continuidad de la vida psíquica se ha ido diluyendo, dando cabida al concepto de subjetividad y cambio y prefiero pensar en organizaciones psíquicas en vez de estructura. Creo que muchos hemos abandonado el concepto de estructura como una dimensión inmutable.

El furor curandis centrado en el levantamiento de la represión muestra su ineficacia en muchas perturbaciones reconocidas en la carencia de discriminación, fragilidad en las barreras de contención pulsional, pobreza representacional y fantasmática, perturbación en el desarrollo de funciones defensivas y tantas otras características más o menos evidentes en muchas personas hoy. Pasamos del levantamiento de la represión a un trabajo de construcción de aquellos aspectos de la vida psíquica, que por exceso o por defecto en los vínculos no se organizaron o simplemente no estuvieron disponibles en su desarrollo.

La hipótesis de que toda perturbación se gesta y expresa en los vínculos generó un espacio de desarrollo a modelos epistemológicos que permitieran comprender la injerencia y participación de los fenómenos sociales y culturales en cada uno de los micro procesos vinculares en juego.

Así como no puedo ya pensar un sujeto sin vínculos ni vínculos sin sujetos, entiendo que toda perturbación o sufrimiento psíquico se genera y expresa en los vínculos. Quiero decir que analizar la intimidad de cualquier proceso mental demanda la comprensión de que éste no se gesta independientemente de la cultura en la que tanto el sujeto como el conjunto social que lo rodea están inscriptos.

La inclusión de la dimensión cultural en la producción de las perturbaciones, la comprensión de que las teorías de las relaciones objetales han dado paso a teorías de vínculos entre sujetos-personas tanto reales como interiorizadas en tanto personas-personajes en la organización fantasmática, abrió un camino diferente en la exploración del psiquismo y sus problemáticas.

Evidentemente el resquebrajamiento de los valores sociales y de los ideales colectivos plantean una problemática de carencia. La fragilidad de la producción de pautas éticas, de proyecto a futuro, la inestabilidad de la organización familiar, la incertidumbre en relación a patrones identificatorios sólidos, marcan un déficit en los puntales que soportan el proceso de subjetivación. A su vez, la hiperestimulación del medio, la aceleración del cambio y la difusión masiva de modelos de éxito difícilmente alcanzables, abren una problemática del exceso.

Como señalé hace unos años, observamos que el nudo del trabajo psíquico es atraído hacia el exterior marcando la prevalencia de la exterioridad en el tratamiento vincular y un procesamiento psíquico en superficie que dificulta la incorporación y metabolización de la experiencia.

Si los procesos de interiorización están perturbados, entonces la formación de barreras de contención psíquica fallan y se incrementa la descarga pulsional que se refleja a su vez por un medio que publicita la acción en lugar del pensamiento, la destrucción y/o la eliminación de los factores frustrantes sin posibilidad de generar argumento psíquico.

Kaes señala que “las carencias del pensamiento, deben comprenderse en ciertos casos como aptos para mantener un vínculo regresivo con una imagen ideal protectora.”

La caída prematura de la ilusión, la instalación de la incertidumbre

generalizada y un estado de amenaza difusa impiden el establecimiento de lazos estables con la consiguiente pérdida de su función apuntalante. Observamos que la fragilidad de las normas compartidas y el quiebre del lazo social precipitan los procesos de desubjetivación.

Es entonces que la aceleración del cambio cultural produce herramientas velozmente obsoletas, dejando desprotegido al sujeto de sus referentes establecidos así como perturba la construcción de aquellos referentes simbólicos y sociales que anudan las pertenencias.

Todos estos ingredientes van elaborando un caldo que se vislumbra en los conjuntos como un estado de tensión inespecífica al estilo de los estados traumáticos. ¿Podemos pensar en trauma o en una organización mental que se construye en relación a lo inesperado, a lo disruptivo, a lo que no permanece?

También la noción del tiempo ha variado hacia el borramiento del pasado y diluido la categoría de futuro, parece centrarse actualmente en un presente sustentado ya no en la ligadura sino en el adosamiento. Se establecen vínculos que se apoyan en lo circunstancial, en prácticas reproductoras de lo novedoso y por lo tanto efímeras, que instalan en las personas sentimientos de futilidad, confusión y precariedad.

Los procesos de desubjetivación presentan una dimensión paradójica. Por una parte la pérdida de los referentes que recién mencioné, la fragilidad de la pertenencia, de lugar asignado, de las características de anudamiento e investidura en los vínculos, cuya condición errática genera en los sujetos el contacto con sentimientos de inexistencia, de invisibilidad y un estado crónico de temor al anonimato. Y por otra parte es un proceso necesario para las transformaciones subjetivas.

Voy a ilustrar esta temática a través de un personaje tan bien expresado en la película El Placard..

Pignon es un hombre casi inexistente. Es un sujeto de esta época que como tantos otros encontró en el aislamiento, en el empobrecimiento de sus recursos, en el anonimato, un refugio que imaginariamente lo protege de la turbulencia y violencia que ejerce el contexto socio-cultural en un tiempo plagado de incertidumbres, inestabilidad emocional y laboral, construyendo una creencia de supervivencia basada en la destrucción sistemática de su alteridad.

Ha construido y se ha instalado en un sistema adiabático (le pedí prestado este término a la física) en el cual el control y supresión de los intercambios con el afuera se instalan en el centro operativo de los procesos de conservación del patrimonio interno.

Sufre con paciencia y resignación, la minuciosa comprobación diaria de su insignificancia y mediocridad. Pero, una circunstancia azarosa hace que se entere previamente que va a ser despedido de su trabajo, poniendo en riesgo su creencia confiada en su futuro inmediato y también en el que vendrá después.

Qué le sucede a Pignon cuando descubre que su mínima existencia está por ser borrada también del ejercicio del trabajo, único lazo que lo sostiene en su conexión con el mundo hasta ese momento?

El primer recurso que se le presenta es convalidar su desaparición, gestada por el conjunto al que pertenece y por sí mismo, mediante el suicidio.

Ha renunciado a tanto, que su exclusión y desaparición del conjunto no es sino el último escalón posible sobre el que estaba apoyado el vínculo laboral.

Su lugar coincide con el centro de la denigración, y así, el acto del despido es “naturalizado”: es la última etapa de un proceso de destitución subjetiva que supone su desaparición final. (de la empresa y de la vida misma).

Pero, otra vez el azar, le presenta a un vecino que percibe lo que está a punto de llevar a cabo y que interviene activa y solidariamente ofreciéndose para ayudarlo. Pignón siente por primera vez desde su nacimiento, signado por un obstetra que no lo ve cuando ya salió del vientre de su madre y a la que seguía insistiendo que puje, que es percibido por otro, que le otorga un lugar de reconocimiento, rompiendo su certeza de transparencia y vacío.

La propuesta del vecino es crear una zona de opacidad, que obligue a los otros a resolver el problema de la imagen y el lugar en que estaba instalado hasta ese momento. Un lugar necesario en el conjunto y asumido por él.

Kaës denomina fóricas a aquellas “funciones que todo sujeto en el grupo necesariamente se ve llevado a tomar y conjuntamente a asumir en los conjuntos intersubjetivos”. Desde esta óptica, el personaje de Pignón porta y transporta el contenido mortífero de una alienación totalizante.

El quiebre del pacto denegativo, posibilita la reorganización del conjunto sobre la base de otorgarle un nuevo espacio que lo libera de seguir atado a una renuncia permanente y aniquilante.

Veamos brevemente otro componente cultural que facilita la derivación de conflictos a áreas de expresión sintomática.

Las funciones de la memoria y la construcción histórica se encuentran devaluadas.

Si la memoria no sirve para organizar una base de experiencias, si la experiencia no sirve para comprender y navegar en un mar de estímulos cambiantes que toman formas y sentidos aceleradamente variables, en el que lo aprendido es destituido como una constante cultural, tenemos ya el germen, de procesos mentales que deben operar en superficie y no llegan a ser metabolizados o incorporados con una fuerte investidura, ya que si así lo hicieran atentarían contra las posibilidades de operar en otros ámbitos caracterizados por variaciones abruptas en la adjudicación de sentido.

La clínica En los últimos tiempos los medios de comunicación se dedican con fruición al tema de la violencia adolescente, tal vez porque se ha extendido a capas sociales medias altas y ya no es tan fácil negarla o asociarla a comportamientos grupales de sectores pauperizados como se venía analizando.

Veamos ahora algunos de los ingredientes que contiene nuestra marmita cultural:

30 años de convivencia con muertos y fantasmas de jóvenes desaparecidos que siguen clamando justicia. Como señaló Antonio Rivera a propósito de las víctimas del Holocausto, no se puede destruir el resplandor que despiden las estrellas muertas: la guerra de Malvinas, la destrucción de la Embajada de Israel y la Amia, la explosión de Río Tercero, la catástrofe económica que eliminó la condición de ciudadanos a millones de argentinos que quedaron expulsados del sistema y plagaron las calles de espectros revolviendo los tachos de basura por las noches, niños mendigando, niños sufriendo el abandono y la explotación.

Hace pocos años comenzaron a aparecer hechos que se trataron aisladamente pero que pensados en conjunto van perfilando una modalidad particular de violencia en el mundo adolescente.

En varias localidades pequeñas de Santa Fe y Jujuy, se suicidaron en el lapso de un mes un número significativo de adolescentes que no tenían contacto entre sí.

Un chico toma armas de su padre, va a su escuela de Carmen de Patagones y comienza a disparar contra sus compañeros y maestros matando e hiriendo a muchos de ellos.

Salvando las distancias por su magnitud, la vuelta olímpica de los que egresan del colegio secundario se transforma en ataques destructivos contra la propia escuela.

Uno o más chicos tiran bengalas en Cromañon con el saldo de un incendio que provoca 200 muertos y un enorme número de personas con secuelas de intoxicación y asfixia.

Estos hechos y tantos otros que nos conmocionan, tienen como característica central, el ataque y destrucción dirigido hacia el interior del grupo.

Este fenómeno de implosión lo diferencio de aquellas manifestaciones individuales o grupales que tienen como depositarios de la descarga violenta, objetivos que resultan ajenos al propio grupo, como en las peleas entre bandas enemigas.

En la implosión se destruye al semejante, no al que representa la ajenidad. También se podría sintetizar: “yo me mato en vos”, “soy un ajeno a mí que destruye lo que es igual a mí.”

Si se desmiente lo diferente, no hay lugar para la simbolización y por lo tanto la violencia que puede generar el conflicto es eliminada del procesamiento psíquico. Se aloja y acumula hasta que fallan los mecanismos de contención. La violencia retorna entonces, desde lo mortífero. Cuando irrumpe lo hace como pura presencia, una violencia sorpresiva que no puede ser pensada ni anticipada.

Cito nuevamente a Kaes: “ si las formaciones intermediarias colectivas llegan a faltar o a desagregarse, entonces la capacidad singular de ligar pensamientos, de establecer ligazones, corre el riesgo de verse atacada en determinado sujeto singular.”

Parece, entonces que cuando esto sucede se produce la ruptura de los lazos, estalla la violencia y lo hace a través de aquel cuyas posibilidades de contención psíquica se ven desbordadas en función tanto de sus características personales como del peso que acarrea por las depositaciones del grupo.

Para finalizar quiero destacar que si las crisis atacan fundamentalmente a las formaciones intermediarias, si la mayoría de los trastornos que hoy enfrentamos se deben a fallas en las ligaduras, en el establecimiento de la represión y la simbolización, solicitan pensamientos y acciones terapéuticas diferentes de las que mostraron su eficacia con los cuadros neuróticos.

Si bien los dispositivos multipersonales nos brindan una herramienta polifacética en la búsqueda de promover el trabajo de ligadura, en la ampliación del campo representacional y que a su vez avale la construcción simbólica a partir de la trama vincular, es mucho todavía el camino a recorrer.